

El sueño de Podarces

Mario Ramírez Córdova

Podarces, el más aventajado entre todos los aprendices del nigromante Yag Avsam, meditaba bajo las ramas de un *acebuche*, en el jardín sagrado que rodeaba el mágico palacio de su maestro, a orillas de Moau, capital de Lemuria, mientras la Osa Mayor giraba hacia el oeste a la hora interlunar sobre Orión. La opaca luz verdosa de su lámpara con forma de media luna tocaba la mitad de su bronceado rostro y se deslizaba acariciando sus brazaletes de plata, cubiertos con gemas que brillaban como ojos de diablos, arrancadas de antiquísimas coronas de reyes de otros mundos. Alrededor suyo, antaño, los espíritus sirvientes de Yag Avsam habían plantado raros árboles mortíferos traídos de regiones remotas, árboles cuya naturaleza obscena solo podría haber germinado en los diabólicos jardines del archidemonio Mot. Gigantescas y retorcidas flores de oscuros y nervudos bejucos exhalaban perfumes venenosos que de ser inhalados por algún torpe mago podrían ocasionar la locura instantánea. Abominables plantas carnívoras, con colmillos y dientes parecidos a los de los simios, abrían y cerraban sus grotescas fauces esperando el roce de un ser vivo para devorar carne de un bocado. Colosales, ovalados y de color escarlata eran los capullos *aglaofotis* que yacían esparcidos sobre el césped del maligno jardín, latiendo como un ejército de corazones demoniacos. Orquídeas del tamaño de un hombre, de inmensas y afiladas hojas como cimitarras habrían descuartizado a cualquiera que fuera un no iniciado en los misterios mayores que el oficio de mago exigía. Otras hierbas como la mandrágora, la dragontea y el *sotón* susurraban fórmulas arcanas, en una lengua perdida de *Agartha* que, de ser repetidas en voz alta a plena luz del día, resultaban más letales que la ponzoña de un basilisco. Mucha de esta vegetación hubiera helado la sangre de cualquier hombre pero Podarces no era un hombre común. Conocía las cuarenta y nueve *Voces*, los pentágonos que otorgan el poder sobre los demonios de la luna y el octavo planeta; había leído los conjuros de *Hyndra*, aquellos que según la leyenda, fueron escritos en una noche de eclipse con la sangre de monstruosos reyes semihumanos; los temibles caracteres de *Moaula*, primer brujo de Lemuria, los cuales hacían invisible a quien los leyese bajo el cuadrante celeste; le eran familiares pócimas

para cambiar de forma y enamorar mujeres; elixires hechos con bilis de serpientes que sirven para despertar de la muerte a los seres queridos; filtros para transmutar y deshacer la materia; conocía el arte de los talismanes, sus principios elementales y sus múltiples usos.

Pero, para Podarces todo aquel conocimiento no era más que un penúltimo peldaño antes de alcanzar el verdadero poder pues, aún más arriba, en el último escalón, se hallaba la nigromancia de Yag Avsam.

Inmóvil, con la mirada fija en los astros meditaba, y los pensamientos de aquella noche tranquila carcomían su alma como el gusano devorador de carne en la silenciosa cripta, y un sentimiento de aversión extrema quemaba su corazón, como el implacable fuego de una hoguera. Su mente se hallaba frente a un obstáculo infranqueable que, como la toxina de un coralillo, impedía el movimiento de sus resortes naturales y oscurecía la claridad de su visión. Y así, con la imaginación inmersa en una sola cosa, tanteó, formuló, e ideó un plan siniestro.

Entonces, se levantó con una agilidad febril propia de la juventud y deslizándose con cuidado, librando la peligrosa flora del jardín, llegó a las escaleras de mármol que daban acceso al palacio de Yag Avsam. Subió y llegó a un ancho pasillo, frío y sombrío, custodiado por las estatuas de doce deidades infernales que habían hecho de Lemuria su morada. Notó que un sudor helado y malsano recorría su frente, y que, por causa del nerviosismo, su boca se había secado como la piel de una momia. Conforme atravesaba el siniestro pasillo era asediado por vapores purulentos de sahumeros inicuos y poderosos. Y temblaba al recordar los asombrosos prodigios de los que era capaz la brujería del maestro. Había visto con sus propios ojos, bajo la sombra de aquel mausoleo satánico, los múltiples castigos de los que Yag Avsam se valía para atormentar a sus rivales, tanto a magos como a demonios. Y no pocas veces había escuchado en aquel castillo, deprimentes gritos de agonía de seres atados mediante lazos y triángulos mágicos a un sufrimiento perpetuo y atroz.

Pronto alcanzó el final del pasillo. Ahora debía ascender a través de una escalera de caracol para llegar a la estancia superior. Y subiendo poco a poco, iluminado por doradas luces de *carbunclos* y piedras de luna, hizo a un lado los nervios y halló el vigor necesario para llevar a cabo su propósito.

La estancia superior estaba construida de forma circular, con el techo fabricado con una especie de material transparente e irrompible, gracias a lo cual, el mago podía contemplar trógonos y sextiles para discernir secretos astronómicos. Había trípodes de cedro y ébano con jarrones de cerámica decorados con signos arcanos y terribles; pergaminos con forma de biombo, de una antigüedad incalculable; volúmenes de peligroso conocimiento cabalístico, cerrados con candados de bronce y forrados con piel curtida de *manticoras*; frascos con hongos mágicos y manteca de niños; *speculums* y ojos de cíclopes para alcanzar verdades inaccesibles; pociones venenosas hechas con lenguas de sapos y vasijas con ungüentos licantrópicos; copas de plata rebosantes de elixires prohibidos; pequeños y abominables ídolos rechonchos hechos de un material oscuro y desconocido; incensarios y candelabros *firdrago* fabricados con barro y huesos de grifos; cofres de ámbar, hábilmente decorados con pictogramas, llenos de cráneos de lamias y delincuentes. Éstos eran algunos de los objetos y artefactos preciosos a los cuales recurría el archimago para lanzar encantamientos malvados. Justo en el centro, al lado de una ancha mesa de piedra negra e iluminado por opulentas lámparas fabricadas con grasa de cadáveres, estaba Yag Avsam estudiando las vísceras de una pitón, pues era también famoso por ejercer el arte de la profecía. Estaba vestido con un manto negro que le cubría casi todo el cuerpo; de su cuello colgaba un pequeño amuleto hecho de piedra alectoria, nacida y extraída del buche de un gallo engendrado bajo la influencia del signo escorpión, el cual le protegía ante cualquier maleficio proveniente de magos rivales. Antaño había esparcido el miedo y la angustia entre los corazones de toda Lemuria, lanzando horribles conjuros y sueños de muerte a voluntad. Ahora, el tiempo se había posado sobre su frente. La juventud había sido sepultada en polvorientos años de aventuras y peligros, y las tupidas noches de estudio entre grimorios y pergaminos habían carcomido su aspecto. Pero aun así, encorvado y envejecido como un roble milenario, su poder no decrecía en lo más mínimo.

Y con una seña, llamó a su aprendiz, que en ese momento ingresaba a la estancia.

-Ciertamente -dijo Yag Avsam, con una voz tan penetrante como el siseo de una cobra-, las tripas de esta víbora auguran fama imperecedera a mi nombre. Contéplalas, acaso no me predicen victorias futuras más allá de los límites de Lemuria y de interminables ciclos. Acaso no soy Yag Avsam, el brujo más poderoso de la tierra, en quien reside toda la sabiduría de Atlántida y los países lejanos, y a quien el destino, por más difícil que parezca, se inclina con respeto.

-Es correcto –respondió Podarces, murmurando en voz alta y tanteando bien cada palabra- lo que las entrañas de la víbora señalan, pues ¿qué hombre entre los hombres del mundo, es digno de recibir tales títulos? Yag Avsam es el único, el omnipotente, el alquimista sin rival, el gran mago al que los dioses de tierras enemigas evitan. ¿Quién, salvo Yag Avsam, podría gozar de una fama imperecedera?

Entonces con el mayor disimulo, Podarces desvió un tanto su mirada, observando que en medio de él y del maestro, apoyado a la mesa, se hallaba el fabuloso cetro de Or, que raras veces solía ver. Hecho con el hueso de un mamut y purificado mediante ritos mágicos, aquel bastón era la envidia de hechiceros rivales, pues se decía que solo aquel que lo poseyera sería capaz de someter el espíritu de Moaula, primer brujo de Lemuria. Podarces se volvió nuevamente hacia Yag Avsam, y vio que, bajo las blancas cejas del maestro, ladinos ojos de un azul volcánico, contemplaban, implacables y fijos, como en estado hipnótico, las tripas de la pitón.

Podarces meditó un momento, luego sujetó el cetro y golpeó con toda su fuerza la cabeza de buitre del maestro, abriéndole grotescamente el cráneo y desparramando los sesos sobre la mesa. Después, con un suspiro de alivio, lo arrastró y lo enterró bajo la sombra del *acebuche*.

De una vez por todas había dado fin a la tiranía de Yag Avsam. No había ya, ningún otro mago a quien tuviese que rendir cuentas. Era tiempo de que Lemuria conociera un nuevo hechicero, uno más poderoso.

Pero, ¿acaso Yag Avsam no era lo suficientemente fuerte como para regresar de la tumba? ¿Acaso toda aquella sabiduría acumulada había sido en vano? Y ¿Por qué no había sido capaz de predecir las intenciones de su discípulo?

Entonces, cuando la claridad de un nuevo día llegó, el suelo comenzó a estremecerse como si grandes bestias revoloteasen sus colas en profundidades abismales, y los dioses que habían hecho de Lemuria su nido, huyeron. Gigantescas olas grises, como titanes acuosos, se alzaron de los mares y cayeron sobre la ciudad, derribando las altas torres verdosas que se habían enseñoreado sobre la tierra, y los antiguos palacios de mármol opaco se hundieron en oscuras grietas sin final. El océano, como un dragón furioso, devoró la mágica Lemuria en menos tiempo del que tarda un corazón en dar diez latidos. Así fue como Yag Avsam obtuvo venganza desde el sepulcro; un castigo cruel por la traición de Podarces...

Esta visión alteró los nervios de Podarces que, con un grito despertó sudando.

-Es probable –dijo Yag Avsam- que mi aprendiz haya tenido un mal sueño.